

LA CAMPANA DE PALO

Int. Instituut
Soc. Geschiedenis
Amsterdam

Periódico
Mensual.
Bellas Artes
y
Polémica

Casilla de Correo 218

10 cts.

ECCE HOMO

El intento frustrado de quitarle la vida a Mussolini, desató la furia de los lenguaraces del periodismo casero, del nuestro. Con el bado de sus lenguas escupieron la reprobación del acto, golpeando de paso a su ejecutor. Los que estuvimos en esos antros del diarismo idéntico en todas las latitudes, sabemos demasiado lo que vale esa indignación a tanto el centímetro. ¡Bah, dejémoslos acaracolados en el escarón de su elegante e infatigable cobardía moral! Es su oficio de meretrices intelectuales...

Los ignaros, los analfabetos de la cultura, los de la ilustración universitaria a base de un esplendente ripolín cerebralista, el rebaño todo de esas almas prudentes, pacatas y dormilonas también se restregaron los ojos somnolientos y ante ese marrado crimen emitieron su balido de una condena irreprochable como las pecheras de sus camisas que suplantan sus concepciones. ¡Pobres, pobres ellas sumergidas en el limbo de su charquita doméstica! Ellas, ocupadas en rumiarse su pienso, ignoran absolutamente la tremenda tragedia, los lancinantes instantes, largos como toda una eternidad, por los cuales atraviesan esas almas totalmente diferentes a las suyas, las de los tiranicos. No saben que estos suicidas heroicos, antes de decidirse a arrojar de sí, su vida, esa vida de la que tendrán que despojarse como de un traje despreciable, ascienden a un calvario psíquico mucho más sangriento, dilatador que el de la legendaria cruz a cuestas. Ellos, un Lucetti o un cualquier mártir de la misma especie, tienen sus angustiosas noches del bosque de los olivos, en que varias veces rechazan el cáliz amargo y sangrante del supremo sacrificio. Luego, depurados por los inenarrables sufrimientos y dolores padecidos, en que los impulsos más nobles y buenos lograron la más incandescente pureza, despuntada el alba, fríos, ciegos y serenos, descienden a ulimar su misión. Se suicidan matando o no matando. ¿Y estos hombres son criminales? ¿Y es a estos arquetipos, de un heroísmo impolutamente desinteresado, a quienes las almas pacatas, mezquinas, industrializadas, los fariseos empantados en su chiquero doméstico, pretenden arrojarles la primera piedra?

Ellas, que pasan indiferentes a toda injusticia, agachadas en sorber su bienestar, ellas que asienten y aplauden a ese régimen canibalesco para dominar a Italia tuvo que sentarse sobre una montaña de cadáveres?

Y éstos son los gratuitos y supuestos jueces, que al consumarse la absolución de los asesinos de Matteotti, no tuvieron un gesto de protesta?

Nosotros, los que formamos este grupo de artistas y escritores, no podíamos observar una vergonzosa neutralidad ante este hecho de resonancia mundial.

Pero es que a este vuelo no lo podemos dejar ahí, independiente, sin contemplar otros problemas que lo envuelven como el aire a las cosas.

Somos, o constituimos, los argentinos, una entidad no muy bien reputada todavía, no tenemos tradición principalmente; o tenemos los argentinos una tradición con caracteres insuficientes: escasa, cercana, chiquitita y enrevesada. ¡Qué problema interesante el de la tradición! Ricardo Rojas pregona la necesidad de adherir a lo autóctono indio en este país donde el indio desaparece absorbido por una raza superior: el blanco europeo. La tradición india es bastante inferior en todo sentido;

BUENOS AIRES, SEPTIEMBRE DE 1926

UNAS CUANTAS PALABRAS

Después del largo interregno de silencio; después de las promesas formuladas a nuestros lectores, y que hubimos de abandonar al candelante vaivén de lo improbable, LA CAMPANA DE PALO, reaparece, reaparece para arrancar de su leño, que haremos sonoro por nuestro espíritu, los tañidos ya cantarines o broncos, según el ánimo de su celestial alegría o de su arrebatadora violencia. Como higiene mental, detestamos acerbamente los términos medios. El cielo o el infierno. Jamás el purgatorio. Jamás ese frigorífico de ultratumba; la más formidable reserva de tedio del universo, donde se conservan intactos los justos noños y anodinos. Esto es: perdernos totalmente o salvarnos en un ciclo absoluto.

¿Para qué nos sirve, esta piltrafa de nuestra vida, si no la guía una chispa de heroísmo? ¿Para qué queremos, esta poca juventud que nos queda, sino abusando de ella para echarnos de cuerpo entero a perder, y a ganar? —Sí; estamos siempre en la misma brecha; más vale cien fracasos que un triunfo pierco, que amenace sumirnos en la más villana ver-

güenza por toda una existencia. Esta es nuestra ética inflexible. ¿La Estética? Nos la pondremos de caprote.

¿Más palabras, más palabras? Estas: LA CAMPANA..., en su forzada vagancia, no se apoltronó del todo. Desde su campanario, echó a volar un par de volutuenes, iniciando así su incipiente biblioteca. Son «Zaucadillas» de Alvaro Yunque y «Un poeta en la ciudad» de Gustavo Riccio. Puñados de semillas arrojados al viento, y una oleada de mariposas de papel, hervientes en colores.

¿Más palabras? Estas últimas: El antiguo grupo de «Acción de Arte» —papelucho de carta memoria, pasto para el historiador futuro— se hizo cargo del activo y pasivo de esta empresa con bienes raíces en la tierra de Utopía. Sólo se intenta enlazar el recuerdo de la pasada labor, con la presente. Somos y hemos sido siempre los mismos. Unos cuantos artistas plásticos y algunos escritores.

¿No es verdad, mojado lector, que hay afinidades sospechosas, las nuestras como las ajenas?

LA UTILIDAD DE UN VUELO

Claro está que el vuelo Nueva York-Buenos Aires, considerado independientemente, aisladamente, apenas si sugiere dos o tres conclusiones simplistas y anodinas, como el razonamiento de que surgen. Si lo consideramos como una acción privada exclusivamente, como una conducta personal, no tendríamos otra cosa que hacer sino retirarnos por el foro como el cómico que no tiene nada que cumplir en escena.

Pero es menester ligar el vuelo «en sí», con detalles y sucesos irremediadamente conectados con él.

Invitamos al lector a un pequeño sacrificio: el de pensar por cuenta propia, es decir: lo invitamos precisamente a ponerse en movimiento cerebralmente, abandonando por un instante esa incorregible postura perezosa que le hace aceptar y aguantar las opiniones y las ideas y las interpretaciones y hasta los entusiasmos de los demás, especialmente cuando el que ofrece es la prensa diaria.

Desprendámonos inmediatamente de todo prejuicio y de toda influencia exterior, principalmente del entusiasmo ambiente y de lo que gritan los diarios.

Tengamos en cuenta, en primer término, que el vuelo no era forzosamente necesario, ni imprescindiblemente urgente, ni útil científicamente. Su utilidad, desde el punto de vista científico, es escasa, por no decir nula. No se ensayó ningún nuevo motor, no se estudiaron las atmósferas ni las presiones ni los climas, ni se buscó ninguna nueva ruta comercial, ni

se persiguió nada que la ciencia reclamara insistentemente. Desde este punto de vista, es conveniente reconocer que hubo cien vuelos más importantes y útiles que el vuelo del avión «Buenos Aires». Nuestro patriotismo no tiene para qué sentirse herido si afirmamos que el vuelo al Polo es indiscutiblemente una acción útil, necesaria, eficaz, y consiguientemente loable, — condiciones que faltaron al vuelo Nueva York-Buenos Aires—. Amudsen y Nobile reclaman nuestra gratitud, la gratitud de la ciencia, de la humanidad, en un grado y con una franqueza que no se advierten en los señores Duggan y Olivero.

El vuelo Nueva York-Buenos Aires no era, pues, forzosamente necesario, porque científicamente no añadía una verdad nueva, una conquista cuya adquisición haría adelantar la ciencia. Ni comercialmente; pues, posterior a la salida del avión, ha sido la de algunos vapores que llegaron a destino antes que el ave aérea.

¿Hemos de objetar, entonces, el citado vuelo, sencillamente porque no realiza ninguna función útil o trascendental? La objeción, en este punto del razonamiento, sería tan injustificada como el elogio. Sería como oponer un montón de argumentos contrarios al deseo individual y permisible del almacenero de la esquina que un domingo de sol sube a un coché y se deja llevar a Palermo. ¡Allá él; con su pasito a Palermo! ¡Allá ellas, Duggan y Olivero, con su largo vuelo de Nueva York a Buenos Aires!

además, casi todos los argentinos somos descendientes de europeos, como lo fueron los personajes militares y políticos de nuestra historia. (A mí, personalmente, me repugna el indio y el negro). Entonces se desea formar una tradición con hechos nuevos y preclaros a fin de que las generaciones que vengan detrás tengan una filiación y se sientan adheridas a la tierra, a la historia, a los antepasados.

Todas las tradiciones comienzan en sucesos siniestros; Estados Unidos tiene una tradición de Código Penal; los barones de la Edad Media eran sencillamente salteadores de caminos, aunque sus descendientes tuvieron blasones militares. La nuestra es una tradición un poco insulsa; los diarios y los maestros de escuela se empeñan en adornarla con proezas y proceres; han hecho héroe hasta a Gregorio Aráoz de La Madrid, que era un payador ridículo como él solo, y que, como militar, no sabía de la misa la media, y aun era la pesadilla del general Paz. (Este sí que es cosa seria).

Es útil la tradición; es lo que hace que los pueblos no se encuentren solos y abandonados en el Tiempo y el Espacio. Por la tradición un pueblo continúa viviendo, existiendo en el espacio y prolongándose en el tiempo. Ahora acaso podríamos explicarnos la utilidad del vuelo realizado por los señores Duggan (apellido inglés) y Olivero (apellido italiano) con su obrero italiano Campanelli (que se gana su vida).

Pueblo escaso de hazañas y de héroes, inventamos hazañas y héroes para añadir a la flaca tradición. Esta necesidad de tener tradición a cualquier precio, aun al precio del ridículo, nos llevó a llenar de estatuas de generales analfabetos y políticos palabrereros, todas las plazas de la ciudad; clavamos en todas las calles, chapas con nombres de desconocidos coroneles e ignorados legisladores. Recórrase el plano de la ciudad, y el asombro multiplica sus empujones insistentemente con sus reclamos de

El obrero italiano Campanelli y su batahola de ambiciones y de intrigas mezquinas y de traiciones; personas que se agitan, se acarician, se muerden, se tiran tarascos sonriendo; que multiplican sus actividades por casi nada; nada más que para ser citados en cualquier papelucho impreso; para que sus nombres se encaramen y se empinen en la rama de algún elogio disparado por un amigo o un compinche, quien, luego, a su vez, pedirá la recíproca.

varia especie: coroneles y generales Díaz, González, Martínez... ¿Qué fueron, en la realidad histórica, no en la necesidad de tradición? ¿Qué fue Castro Barros, sino un loco absurdo? ¿Y Lavalle, revoltoso, belicoso, intolerante, causa verdadera de Rosas? En la Isla Maciel hay o había una calle Facundo Quiroga. ¿Qué fueron todos? Mejor es no menearlo.

Necesitamos, a cualquier precio, hazañas y héroes con que robustecer nuestra tradición. En los habitantes de la República hay ya una vellemente disposición a la solidaridad, lo cual es bueno, y esto se descubre en el fácil e inflamable entusiasmo contagioso y recíproco que despierta y se enciende cuando cualquier suceso de cualquier carácter hace tronar nuestro nombre joven en el extranjero: los polistas campeones mundiales de dicho deporte, Firpo, Zanni, Duggan y Olivero...

Desde el punto de vista utilitario para nuestra necesidad de tradición, no hay que objetar estas causas que crean y avivan el entusiasmo solidario. Hasta estaríamos obligados al elogio... Pero es que el problema no descansa allí preferentemente.

Ya no estamos en tiempos románticos e inútiles de ruido y bambolla; época diferente es la nuestra de hoy; hoy consideramos más glorioso el pueblo que acuse el menor margen de analfabetismo, o aquel en el cual el costo de la vida sea menor, o el otro donde sea más ancha la libertad, o esotro donde la paz permite al sabio dedicarse a sus investigaciones.

¡Por aquí, por aquí podemos construir nuestra tradición!; seamos modernos y de hoy, y que nuestro orgullo finque en triunfos científicos, artísticos o económicos, pero no en bochinchas vacías. Vale más la tradición de Holanda con su escaso margen de analfabetos, que la de España repleta de guerreros valerosos y ensangrentados.

Para brillantar nuestra incipiente tradición, hubiera servido, mejor que el vuelo del «Buenos Aires», una campaña intensiva contra el analfabetismo, dedicando a esta nobilísima empresa los cien millones de pesos oro que la falta de patriotismo sereno en el Poder Ejecutivo hizo que se nos fuesen en carniceras armas de guerra y en comisiones a empresarios de ferretería belicosa.

Nuestro patriotismo es a base de ruido y bambolla; eso explica los cien millones en armamento, la campaña sonora de Firpo en Estados Unidos, el vuelo ruidoso de Duggan y Olivero, etc. Una interpretación más serena y eficaz del patriotismo sólo es posible en mentes superiores. Estamos atrasados en métodos y modos de razonamiento. Y entonces cometemos injusticias, postergaciones, olvidos, escándalos y tonterías.

Queda demostrado, pues, que la utilidad del vuelo, para nuestra necesidad de tradición, es escasa, y más ruidosa que eficaz; y, especialmente, faltó la condición de urgencia inaplazable.

Más urgente, lo hemos dicho, era una campaña de intensificación de abecedario; o una empresa de población colonial en la Patagonia, o una lucha para establecer hospitales en toda la ciudad o pueblo importante; o una locura de construir puentes y carreteras. ¡Por aquí, por aquí, señores patriotas! Pero estamos atrasados en capacidad de razonamiento. Y entonces cometemos injusticias, postergaciones, olvidos, escándalos y tonterías.

La injusticia surge, como la sangre de una herida, al establecerse la desproporción entre el esfuerzo y el premio, y entre un esfuerzo y otro esfuerzo.

Dos ciudadanos desocupados y con dinero, y un obrero que se gana su vida, cumplen un viaje más o menos azaroso. Téngase en cuenta que, si bien es cierto que algún peligro los acecha escondido entre la maleza oscura y dentro de las livianas nubes y frente al mar traicionero, no lo es menos que todos tres hicieron aquello mismo que más deseaban y mejor conocían, y que al hacerlo realizaban su sueño más azul; no sacrificaron su hijo a Jehová, no. El sacrificio está cuando el sufrimiento y el dolor y la angustia o el esfuerzo tremendo hasta la lágrima o el alarido son la secuela de cualquier empresa. Pero una empresa dirigida a un fin noble; no el paseito personal e individual a Palermo o a París para chamuyar con franquistas livianos y complacientes. sino una empresa como la conquista de una vacuna contra el cáncer, o el establecimiento de una escuela en la Puna de Atacama. Empresas personales, realizadas para satisfacer gustos de vanidad personal, no deben arrancarnos tan nutrido y fragoroso elogio. Otra clase de hazañas son las que merecen nuestro fervido entusiasmo y nuestra dulce gratitud; por ejemplo, la pobreza del sabio. (Al ingeniero Ricadoni le echaron los muebles a la calle...). O el muchacho pobre de dineros y rico de fe que

¡A MEDITAR, COLEGAS!

Entregamos a la meditación de nuestros queridos colegas del zoo literario y plástico; o sea a los loros, a los pajaracos, a los monos, a las zebras, a los asnos silvestres, a los hipopótamos, a los abundantes pavos reales, a los raros aguilucho y a los numerosos mulos en fin, a toda la menagerie que compone la vida literaria y artística de un país, estas palabras filitantes de amargura y coraje, pronunciadas por quien fué un cristo psicólogo de la literatura moderna:

«Tuve la audacia de permanecer pobre a fin de poder conservar mi independencia mental. Después de algunos éxitos en las bellas letras, escribí críticas inflexibles en su honestidad y sin duda alguna, en más de un caso acres y severas; indiferentemente ataqué, — cuando creí mi deber hacerlo, — a mis superiores en poder e influencia. Ya por escrito o en conversaciones, raramente me he privado de expresar, directamente o en alusiones, mi desprecio por la pretenciosa suficiencia de la ignorancia, de la soberbia y de la imbecilidad. He ahí, por qué tengo enemigos».

— EDGARD POE

siente la luz y el color y sin embargo no puede pintar porque debe asistir al taller o a la oficina; o este mismo muchacho trabajando de noche como linotipista y pintando de día.

En estos casos, y en miles más, hay dolor, hay sacrificios, aunque no haya premio; y además, en estos casos suele haber un objetivo nobilísimo que en el caso Duggan-Olivero no se ve prontamente. En Duggan y Olivero hay premio sin que el sacrificio merezca en realidad el nombre de sacrificio. En esto, entonces, finca la injusticia. ¿Cuál es el sacrificio de Duggan y el de Olivero y el de Campanelli? ¿Qué han sacrificado? Y en términos más concretos: ¿qué fin científico, utilísimo, perseguían? ¿En qué, en cuánto, adelantó la ciencia después del cumplido vuelo?

Al contrario, realizaron su sueño dorado; hicieron aquello que mejor conocían y deseaban más. Expusieron sus vidas; pero más liviana y sutil es la seguridad vital de cualquier vigilante con parada en el barrio de las Ranas o en Pueblo Piñero.

Injusticia, pues, denunciada es la desproporción entre el esfuerzo y el premio; y entre una empresa y otra.

Y escándalo. El vuelo de estos hombres ocupó tiempo y atención que no consiguen para sí otras actividades más útiles «patrióticamente». Los quinientos o mil maestros de Mendoza, o los cien o doscientos de San Luis o de San Juan, o los veinte de Salta o los tres de Jujuy, realizan una misión más eficaz patrióticamente que la de Duggan y Olivero. Y sin embargo, estos maestros provinciales venden sus sueldos a los turcos usureros con una merma de un cincuenta a un setenta y cinco por ciento. Este fenómeno no existe para los acaparadores del patriotismo que van a gritar «¡Viva Duggan!» por las calles y frente a los diarios. Espíritus frívolos y sencillos, no quieren complacerse la vida estudiando los problemas vitales para el engrandecimiento auténtico de la patria genuina—la patria que trabaja los campos y no la patria que se divierte en los cabarets o jugando a los deportes—. Prefieren estos acumuladores de patriotismo entrar en las comparsas donde explota el entusiasmo y vocifera la alegría. El triunfo de Duggan es alegría, alegría de timbales y tambores; en cambio, la miseria de los maestros de escuela de Jujuy es asanto triste. ¿Para qué complicarse la vida?

Como es asunto perfectamente personal la cuestión de la cantidad de vanidad que entra en la empresa del «Buenos Aires», no debemos detenernos en este punto, pero, para demostrar nuestra serenidad y nuestra comprensión, confesemos, ya mismo, que igual o mayor cantidad de vanidad entra en el empeño de construir un libro con que sueña el escri-

tor. Toda empresa grande o chiquitita, noble o insulsa, azarosa o gustosa, se realiza a empujones de vanidad. Hay la vanidad que lleva a donar un hospital al municipio; o una escuela al gobierno; o a sostener un instituto bacteriológico. Pero estas direcciones humanitarias de la vanidad sólo son posibles en clases burguesas y capitalistas más avanzadas que la nuestra catolicona y roñosa y amarrete.

En Estados Unidos, los millonarios—ya están acostumbrados a ello, ya tienen su tradición,—suelen dar a su dinero un escape dirigido particularmente hacia la creación de instituciones de utilidad social, que se llaman «fundaciones». En Francia, los ricos regalan a la Academia de Ciencias dineros con los cuales ésta premia a los inventores y descubridores y trabajadores científicos. En la República Argentina recordemos el legado Bernasconi, las escuelas Raggio, el hospital de la Sra. Rosetti, etc. Estas excepciones de utilidad social son escasas; lo general, lo habitual, es regalar dinero al Nuncio o al Papa, o construir iglesias y capillas. Como escándalo de vanidad recordemos el regalo que un millonario argentino, un tal Martínez, un Martínez de Hoz, hizo a Francia. Este ciudadano argentino regaló a Francia un hospital; terreno, edificios, útiles, herramientas, empleados, médicos, remedios, todo, todo corre por cuenta del distinguido ciudadano argentino. Y claro está que Francia comprendió el humanitario espíritu que empujó a la donación; el gobierno de Francia hizo miembro de la Legión de Honor al ciudadano argentino Martínez de Hoz. Se trata sencillamente de un caso de exacerbada vanidad. El argentino Martínez de Hoz quería ser miembro de la Legión de Honor; incapaz de obtenerla por sus trabajos artísticos o científicos, la quiso ganar con su dinero; — como quien compra títulos nobiliarios con dinero; — vista de la ausencia de todo mérito de otro orden.

No pidamos al Señor Martínez de Hoz, ciudadano argentino, patriota argentino, el regalo de un hospital a la República Argentina. Pero, seguramente, el Señor de Martínez de Hoz ha de ser muy patriota. La señora de Duggan, que es dueña de varios o muchos millones de pe-

nos, merecería la gratitud del pueblo argentino si regalara a su país (no a Francia, señora, ni al Papa) algún hospital o alguna escuela. Pero, en verdad, no tendríamos razón si objetáramos la inversión de doscientos mil pesos suyos en la realización del vuelo Nueva York-Buenos Aires. Epoca y legislaciones capitalistas la autorizan a emplear su dinero como ella quiera.

Según nuestro punto de vista; o desde un punto de vista utilitario socialmente; o si se quiere eficazmente patriótico, el dinero sobrante de los millonarios debía orientarse hacia las «fundaciones». La burguesía argentina está mal orientada. Y todos contribuyen a impedir el mejor empleo del dinero sobrante. Así, cuando una Señora de Duggan, millonaria o archimillonaria, resuelve costear con su dinero una empresa personal y deportiva para regocijo de su hijo, no falta un curioso ejemplar de legislador simplista que proponga una ley por la cual el Gobierno—es decir, el pueblo—asume los gastos que demandaría. Este hecho denuncia la calidad de la mente de nuestros legisladores.

Y bien; para terminar, y con ocasión de la hazaña de los señores Duggan y Olivero, gritemos todos, con el señor Martínez de Hoz, el patriota argentino que donó un hospital a Francia, y con Guillermo Sállivan, el legislador argentino de tan sutil cabeza, y con Enrique Gómez Carrillo, guatemalteco cónsul argentino en París, y con Agustín Remón, guatemalteco cónsul argentino en Vigo, gritemos todos: «Viva mi patria, la República Argentina».

Y no hagamos como esos cascarrabias internacionistas que no sienten el amor patrio resonar sonoro dentro de las escarapelas, y que, en vez de alborozarse en la Avenida de Mayo frente a «La Prensa», se ponen a leer a ese subversivo Gregorio Marañón que dice, entre otras cosas: «El deporte, como ocupación única de la vida, es patrimonio de gentes inferiores, que hacen sport para que la Naturaleza les perdone el pecado mortal de no trabajar». Y de no pensar.

ROBERTO MARIANI

Santa Catalina, 20 Julio 1926.

Miscelanea de artistas y exposiciones

PINTURA MODERNA

Entre las últimas exposiciones de un llamante interés para nosotros, se halla sin duda alguna, la de *Pintura Moderna*, traída aquí bajo los auspicios de la «Association Française d'Expansion et d'échanges artistiques». Venían allí, un buen número de artistas franceses que ansiábamos verlos, palparlos y sospesarlos en un examen atento y, al mismo tiempo, apasionado. Años tras años, les conocimos a través de reproducciones, de críticas y de monografías; veíamos éstos precarios que sólo acuciaban nuestra curiosidad, acicateando más nuestra sed de ver, de verlos no con sus vestidos monocromos y sí en la luciente aurora de sus personales paletas.

Al tenerlos al alcance de nuestra nariz, contemplándolos en la materialización de un ensueño largamente acunado por una insatisfecha esperanza, importó ello una desilusión? Sí y no. Los que oímos hablar de Modigliani, por alguien que le conociera personalmente, de Utrillo, Kisling, etc., nos pareció que esos pintores se hallaban muy deficientemente representados.

Ya en la pasada exposición de los impresionistas, más cabalmente completa, que la de sus herederos, un amigo pintor, — a quien no le asusta ningún *ista*, por más *fauve* que sea, — nos hizo notar cómo casi todas las obras expuestas adolecían un poco de la *improvisación*, elevada a sistema; natural era esto, después de todo; llevaban en sí el pecado original de un ambiente de fiebre y de improvisaciones; además era también una pintura que padecía la inevitable tara, de ser de reacción y de polé-

mica. Sin embargo, había entre esos artistas, creadores del impresionismo, quienes poseían telas que se acercaban a la verdadera obra maestra: Dezas, por ejemplo.

Estos últimos que hemos dado en llamar caprichosamente los herederos del impresionismo francés, también hacen pintura de polémica y reacción; reaccionan contra sus mayores, en el sentido de una construcción más sólida y de una corporeidad más definida. Las influencias, ejercidas en la mayoría de ellos, proceden de Cézanne y de Daumier. Es de una evidencia meridiana. Ciertamente, hay algunos que se escapán al influjo de la obra avasalladora de estos dos epigonos. Kisling mismo, está más cerca del aduanero, juzgándolo por esos dos paisajes. En vez, en Modigliani, no obstante poseer una sensibilidad agudísima que dió el tono de originalidad a su pintura, se rastrea la vaga influencia del arte negro, con sus idólicas de inquietante misterio.

¿Quién sabe, si este artista, cuya existencia se desenvolvió a través de un signo trágico que lo llevara prematuramente a la tumba, no necesitase particularmente de la envoltura plástica asimétrica de los pueblos primitivos y salvajes para expresar lo inexpresable, eso el misterioso y voluptuoso bullir de sus más recónditos sentimientos? Pareciera que las fuerzas naturales cuanto más vírgenes son, más exigen formas sumarias, áridas, simples; aquellas, que esos pueblos salvajes tratan de expresar en su romo y limitado instinto de creación. No dudamos, que también en Modigliani, la potencia de su sensibilidad, llevaba esa corriente sub-



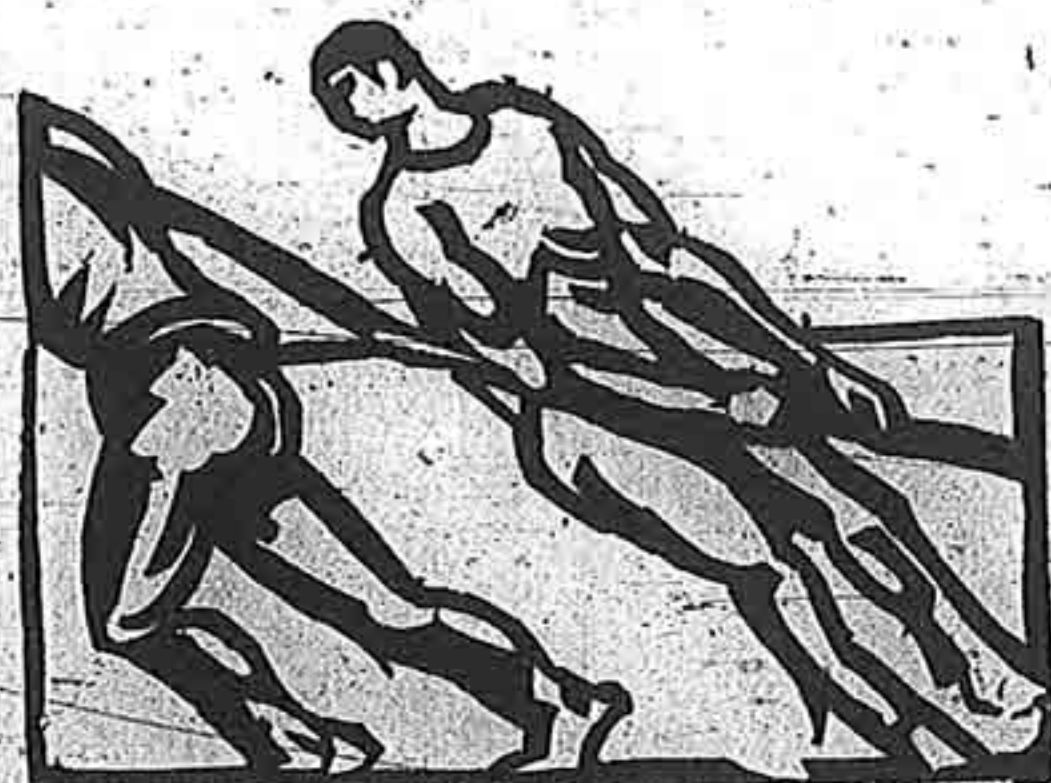
terránea, primitiva y virgen. Lo prueba la extraordinaria naturalidad de su única obra, a pesar de hallarnos convencidos que será la menos representativa de su talento. Si decimos naturalidad, es para dar a entender lo contrario de la afectación, de la inevitable máscara y el rostro. Es una calidad que le distingue de este conjunto. Y es por eso, que al contemplar ese busto de mujer, nos olvidamos de toda idea pictórica. No sucede así, con el *Nu de Asselin*. Pintado con gran desgaire, resuelto con valiente decisión, no vemos en ese cuadro más que un problema pictórico hábilmente resuelto. Favory, con su *Sanguine*, nos hizo una impresión deplorable. Sus dibujos se hallan al alcance de cualquier talento, de más o menos

El tipo completo, perfecto del literato, del artista que politiqua para preparar al palo enjabonado del éxito y se lo disputa entre el pelotón de los arribistas profesionales, es el estratega que aldbonea en la mayor cantidad de puertas oficiales y amigas, que se halla presente en todas las reuniones, en todos los cenáculos, elogia para ser elogiado, cita para ser citado, se convierte en el asiduo y persistente fonógrafo de las voces de los talentos acatados y reconocidos; que sabe gritar fuerte sin nunca decir nada, y, sobre todo, se ingenia en besar con devoción, experta y metódica, el trasero de todos los que llegaron primero que él...

académica excelencia. André de Lhote, en su paisaje, nos ha demostrado lo que pudo ser el verdadero cubismo en la pintura. Geometriza un sentido rigurosamente de sabia eutritmia y por su poder de abstracción llega a lo fantástico, sin incurrir en un ficticio decorativismo que casi siempre colinda con lo superficial. Es una composición razonada y sentida; es de las piezas buenas de este conjunto. Se podrá o no congeniar con esta modalidad de arte; pero hay allí un propósito serio de experimentación y de ensayo innovador.

Nuestra personal predilección se inclina hacia H. de Warroquier y Friesz; son los dos artistas de un temperamento de artistas más fuertemente acentuados. Friesz, procede directamente del cezannismo; pero se lo asimiló tan hondamente, que en su obra se convierte en una expresión propia. Es que por encima del pintor, se halla el artista, el poeta de estro turbulento; hay en sus paisajes un soplo de fortaleza, de vigorosa construcción, que parece recrear la naturaleza, prestarle un inusitado sentido, tanto es el dinamismo que la vivifica y la enardece en llamarada viril. Dueño casi absoluto de su verba técnica, se expresa con libertad y llaneza.

Warroquier sabe ser, en sus composiciones, monumental y de rudeza delicada; sordo en sus tonalidades de tintas graves, revestidas de un tenue y bajo resplandor, es sin disputa un colorista de sensitiva y refinada retina. No se satisface con la espuma del color, quiere aprehenderlo en su esencia. Poseedor en sumo grado de la gracia en la disposición de sus masas, logra así armonías poéticas en la sola estructura de sus cuadros, mediante el contraste de lo grácil, con lo gigantesco y lo tosco. Sus marinas sin acercarse a la estilización franca de sus elementos, son más bien realidades, transmutadas en otras de esencia decorativa y de una profunda gravedad poética. *L'Orage*, *La Solitude*, son dos lienzos que acreditan a un artista de excepcionales facultades, capaz de una gran reconstrucción, y por ende, dar-



Los ilustres himalayas

El nacionalismo en nuestro arte

Don José León Pagano, como ustedes saben, el Himalaya de la mediocridad, que con otras similares cumbres, condecora este país para su mayor descrédito intelectual, pronunció una conferencia en «Los A. A. del Arte», algo así como «El nacionalismo de nuestro arte». Sin gusto, ni humor para escuchar la lata verbal, *in voce*, nos avenimos mansamente, corderilmente, a leerla escrita; nos resignamos, con un presentimiento aciago, a internarnos en esa selva oscura y densa de lugares comunes, requecomunes, todos igualitos y aun mechados por innumerables citas. Cuando al cabo, pudimos salir indemnes de entre esa atmósfera enravante, baja, casi siempre pegada a ras de tierra; cuando después de la extrema laxitud en que nos dejó ese pesado, fatigoso viaje a través de esa fronda palabarrera, calva de ideas, y nos fué posible volvernos a encuadrar mentalmente, hubimos de preguntarnos: ¿En esencia, medularmente, cuál concepto era el suyo, el de este don J. L. Pagano?

¡Ah, sí! partiendo del adjetivo incipiente, según el desdoloroso para el arte argentino, —arribaba, en su prosa a salitos, como tantos pisaverdes y en su resuello asnático, a esta luminosa euan enajenadora conclusión: «Nuestros artistas entre pininos y pininos, hacen, crean, ejecutan obras maestras». (Citamos de memoria).

No merece la pena de rebatir, con pruebas, ejemplos y hechos fehacientes, esta solemne estupidez, en forma de afirmación, encaminada a hacerle cosquillas al chauvinismo cegatón, porque incurrir en ello, sería desde todo punto estéril y sin utilidad alguna, ni para nosotros, ni para nadie. Si todos nuestros artistas se creen maestros y piensan haber logrado lo sumo de perfección; mejor o peor para ellos. Por cierto, no intentaremos disuadirlos. Ellos y Pagano, pueden descansar en paz sobre sus presuntos laureles, que algún día condimentarán sus mutuas mancomunadas glorias.

Pero lo insostenible de este hombre es que finge ignorar al pintor Malharro, a la única personalidad definida, de vigorosa enjundia; el único valor plístico de cierta original profundidad que tuvo la antigua generación de artistas argentinos, fundadora de la rudimentaria y primitiva Academia de Bellas Artes. Ninguno de esa pléyade iniciadora han de vivir posiblemente muchos años; ninguno de ellos, resistirá el embate invisible e ineluctable del tiempo. Y cuando todos hayan desaparecido o sigan viviendo la gloria marchita e inane de los pergaminos; cuando como tantas momias se las catalogará en algún archivo arqueológico, Malharro subsistirá como pintor, como el primer didáctico en la enseñanza del dibujo; como el único maestro de juventudes y como un carácter de extraordinaria virilidad fecundadora.

De mediar en el conferenciante la más elemental honestidad, el anhelo sincero de informar ampliamente a su auditorio, era tanto más necesaria la cita y la exégesis de la obra malharriana, cuanto si hubo aquí alguien que intentó reaccionar contra el nacionalismo de almanaque, con el gauchito buen mozo, la tapera, el ranchito, la pampa y su ombá, —admiráculos de que se vale la pintura chapucera para obtener efectos gruesos de un regionalismo superficial, —fué Malharro al traernos la luz rutiladora de los impresionistas franceses. Al aplicarla al paisaje argentino, transplantaba una no desdeñable conquista técnica y de concepto libertador que habría de prolongarse en grandes y fecundas repercusiones en nuestro medio artístico. Inició así la pintura de tinte vernacular, apoyado por su recio temperamento y su discreta sinceridad que todo lo tradujo en acción. Ninguno de sus contemporáneos dejó una pléyade de discípulos espirituales, como los dejó él; ni ninguno ejerció la menor influencia pictórica en las jóvenes generaciones que le sucedieron; mientras la

manera malharriana se expandía por casi toda la escuela del paisaje nuestro, con Walter de Navazio, Calou, etc.

El tinte vernacular, que todo temperamento artístico absorbe casi con inconciencia del ambiente que le rodea, era la única parcela nacionalista razonable y plausible, que el arte argentino podía asimilar, —sin grave perjuicio del intrínseco valor de la obra, —en un país huérfano de tradiciones, carente de una escuela pictórica de una modalidad dada. Excojamos un ejemplo bien diáfano. Cezaane, *malgré lui*, dentro de su concepto universal, hizo un regionalismo de acuerdo con su temperamento, caracterizó el paisaje de Provenza, es lo único que podrá exigirsele al artista y a su obra, para no gravarlo con un cúmulo de preocupaciones que le son absolutamente extrañas. Malharro, de haber vivido hasta su edad proyecta y que evolucionaba vertiginosamente habría hecho lo mismo, resuelto el mismo problema pictórico.

Y este concepto, apenas esbozado en los párrafos anteriores, esta verdad generalizada, flo-tante en el ambiente artístico, reconocido por el grupo de gente sensata y discreta de ingenio, es la que nos sirvió Pagano en su sumptuosa bandeja de conferencista, dándosele a beber a una clientela elegante, ecléctica—demasiado ecléctica—que tanto se pavonea con sus ojeras como con su lujosa vestimenta.

De modo que, a través de algunos metros de fedio, el ilustre Himalaya, como la montaña del cuento, tuvo también su parto. Reduciendo a máxima síntesis, toda esa bazofia escrita, vino a decirnos en esencia: que nuestros pintores, por ser hijos de extranjeros, por ser nuestra pintura una rama adulta del arte de occidente, no podían ser nacionalistas. He ahí, el fruto de su parto: un ratoncito. Y la faz vernacular, de ese mismo problema, se le escapó.

Después de todo, ¿estuvo mal, profirió algún disparate en tono mayor? Ca, imposible. ¿Estuvo muy bien, se le ocurrió algún rasgo original o profundo, que indeleblemente se grabara en la memoria de los oyentes? Ca, tampoco. Bueno, ese es el milagro perfecto que consigue la mediocridad. Ni muy frío, ni muy caliente; una suertá de agua vomitiva.

La definición del hombre mediocre debería ser ésta, —que proponemos se inserte en el diccionario de la real Academia Española: «el que manosea, resoba todas las verdades generalizadas, sin poseer la virilidad de poseer-narse de ellas a fondo, y luego las vomita en una escritura de falsa brillantez, que despistará a los incautos y a los papanatas». No temán. Ya deberán escuchar algún día a Pagano, pronunciando una conferencia sobre Martín Malharro; ya la verdad sobre este artista se halla bastante generalizada y punto que él la manosee.

Finalicemos haciendo notar lo característico de este odio de tópos, que algunos de nuestros talentos con más aliento de renovación merecieron. Entre ellos, además de Malharro, citeños solamente a Florencio Sánchez, negado repetidas veces por Pablo Echagüe, quien hizo todo lo que pudo para desmedrarlo en sus grandes e innegables condiciones de dramaturgo; y también Arturo Capdevila, quien tomó parte en este festín de lobos, cuando tuvo la no poca vileza de decir de Sánchez, que era un caso de *mulatez intelectual*. Esto, en ocasión de Horacio Quiroga, que estrenaba «Las sacrificadas». No es escasa la cobardía que se necesita para insultar a un muerto, el que ha de vivir muchos más años que el insultador.

Estas son las ilustres Himalayas de la mediocridad cultiparante, que condecoran a nuestro país! Pasen a verlas señores, echen diez centavos en la ranura y ellas empezarán a vomitar toda la papelería que se tragarón! Aprovechen la ocasión, es única para desasnarse.

AT.

“CIELO DE ALJIBE”

De ANTONIO A. GIL

DETERMINISMO

—Mi vida ha sido del taller a casa, y de casa al taller; yo no tengo la culpa si tiene hondas lagunas mi saber.

—¿Que a veces soy violento, y otras veces inculto? Puede ser. Mi escuela fué la calle; y en la calle, ¿qué había de aprender, mientras cruzaba del taller a casa, y de casa al taller?

HOGAR

Tienen cinco chicos y ellos dos son siete; gana seis cincuenta de peón de taller, ¡claro! no le alcanza lo poco que gana, pues sólo la pieza, pequeña y mala, lleva la tercera parte de su haber.

La mujer, flacucha, siempre mal vestida; los hijos, descalzos, ¡y qué se ha de hacer! Remienda los trapos, zurce lo que puede, y los trapos viejos, ¡si parece adrede! se rompen de nuevo, ¡y vuelta a coser!

Mas no es el trabajo lo que la acobarda; si desde pequeña, ese fué su afán. Como una hormiguita, es guapa la pobre, y los chicos dicen: mamá, quiero pan,

mamá, siento frío... qué angustia más grande, sin pan y sin fuego! ¿Y esto es un hogar? Temblando de miedo de que se le enfermen, tantas noches, cuántas, cuando todos duermen, sentada en la cama se pone a llorar!

El no es un mal hombre. El quiere sus hijos. Adora esa mujer, buena y fiel. ¡Pero ah, la covacha, qué espanto le mete! Se corre a la esquina; y juega al tresiete con otros que buscan olvidó como él.

Estos poemas forman parte del hermoso libro *Cielo de Aljibe*, ya en prensa. En estos tiempos de no menos hermosa desorientación por que atraviesa la juventud intelectual de Buenos Aires, este libro llega como un lenitivo para tanto espíritu revuelto. Antonio A. Gil se presenta rebosante de una originalidad de

hombre hecho y seguro de lo que hace, dolorido ante la vida pero resignado de ella como de las triquiñuelas de los literatoides.

LA CAMPANA DE PALO se regocija con la aparición de este noble poeta que no se embarea en tendencia literaria alguna que traicione sus propios sentimientos e ideas.

nos esas grandiosas síntesis, donde existen todas las fuerzas de la naturaleza.

Van Dongen, tiene una sola mancha, que no haga desmerecer su fama y su talento. Los otros dos cuadros suyos, son lo que repetidamente hemos visto, por aquí. Ni bien, ni mal. Habilidad, Picasso, representado por una media docena de dibujos, cuando todavía no se puso como teorizador, y realizador del cubismo. Revelan, desde luego un grandísimo ingenio pictórico. Pero nada más. Fonjita, es quien supo captarse más sufragios del público. Su dibujo lineal, finamente caligráfico, con un completo dominio de las formas que pretende revivir, se salva por muy poco de aparecer como frío y virtuoso. De ese peligro de naufragio, le saca a flote su elegancia innata de artesano japonés. La suya, es una expresión completamente personal, un japonés hibridizado en la pintura de occidente. Atractivos son los pasteles de Driviere, Marie Blanchard, horrosora. Mme. Marval, placentera en su armonía cruda; un poco mucho aspecto. No obstante, le reconocemos cierta facundia pictórica.

Luego Maurice Denis, Marquet, Durey, Gimmi, pintores de opuestos temperamentos y tendencias, nos merecen respeto, dado que no se les puede juzgar por la sola obra que los representa en ese conjunto.

Respecto a la única muestra del talento de Cezanne, —una reproducción maravillosamente hecha de uno de sus paisajes, —al contemplarla detenidamente en la suavidad de su extraordinaria potencia pictórica, y al compararla mentalmente con las obras de todos sus sucedáneos, no pudimos hacer a menos de reconocer que nos hallábamos ante un clásico, un clásico moderno. Los discípulos, en la mayoría de las veces, heredan los defectos de sus maestros.

¿Cuáles son las conclusiones y las enseñanzas provechosas que pudimos extraer de esta muestra muy reducida de la pintura moderna que predomina actualmente en Francia? Contatando la proliferación de las escuelas y tendencias, podemos discernir una línea directriz. Se acentúa, de manera más violenta diremos, la pintura *per se*, con un universo especial como la música, independiente de toda contingencia que le sea extraña. Se intenta construir un cuadro, con las mismas leyes de armonía y de belleza que preside la creación de una sinfonía. Desde el impresionismo que deserró las machines de asuntos bíblicos, históricos, y las anécdotas de toda suerte; desde el maestro de Aix, quien también se planteó el problema de la pintura pura hasta nuestros días, se viene bregando para que las artes plásticas tengan una fin en sí mismas; no subalternizándolas a nada. Y no se tome esto, con el concepto desviado del arte por el arte.

Los que forinamos este esquivo grupo no somos fanáticos, ni sectarios de lo nuevo tomándolo todo en montón; tenemos sensibilidad, carecemos totalmente de erudición y para la selección de lo bueno o lo malo, nos guía cierto criterio afirmativo, una especie de doctrina personal. Por eso no llegamos a ser completamente eclécticos, ni *pasadistas*, como los que se burlaron ante esta exposición. Nuestra irreverencia no alcanza hasta la chocarrería, esta última hija de la ignorancia.

Lo que deseamos poseer son antenas siempre vibrantes y alerta para descubrir la belleza de una obra de arte, donde se halla y de donde

cualquier parte proceda. Cabe declarar, con el rasero absolutista que medimos las piezas de cualquier tendencia o escuela, que la *pintura moderna francesa en conjunto* nos satisface a medias, y a veces por debajo de ese nivel.

Diferimos entonces de los *probables futuristas* —o partidarios de lo nuevo, —quienes creen que todo lo que se expuso aquí, eran obras maestras, y de los *pasadistas* que a su vez opinaron, que eran todos mamarrachos.

A. AM. DEL ARTE

Angel Vena

Un pintor probo, ¿no es así? Epíteto, que, con nosotros todo el mundo lo ha repetido hasta el cansancio, hasta agotar la paciencia del santo más santo que medra en la corte celestial, seguimos creyendo que Vena no pasa más allá de lo discreto en pintura. Discreto lo es, y muy respetable por una infinidad de conceptos; por su maravilloso tesón, su admirable constancia en el trabajo y por una honestidad en el oficio a marcha martillo. Pero como se ha de notar, no se trata nada más que de las meras partes materiales que intervienen en una obra de arte. ¿Y lo que falta, lo otro? Ya eso es menos accesible. No necesitamos ser más explícitos. Muchos nos comprenderán y los demás... al diablo con ellos.

Pero, allí, está, que nuestros colegas en bloques amalgamados, opinan lo contrario; es decir, se les ha dado por calificarle como a uno de «nuestros más grandes paisajistas». Está bien, no discutiremos, lo que es o no es un gran paisajista.

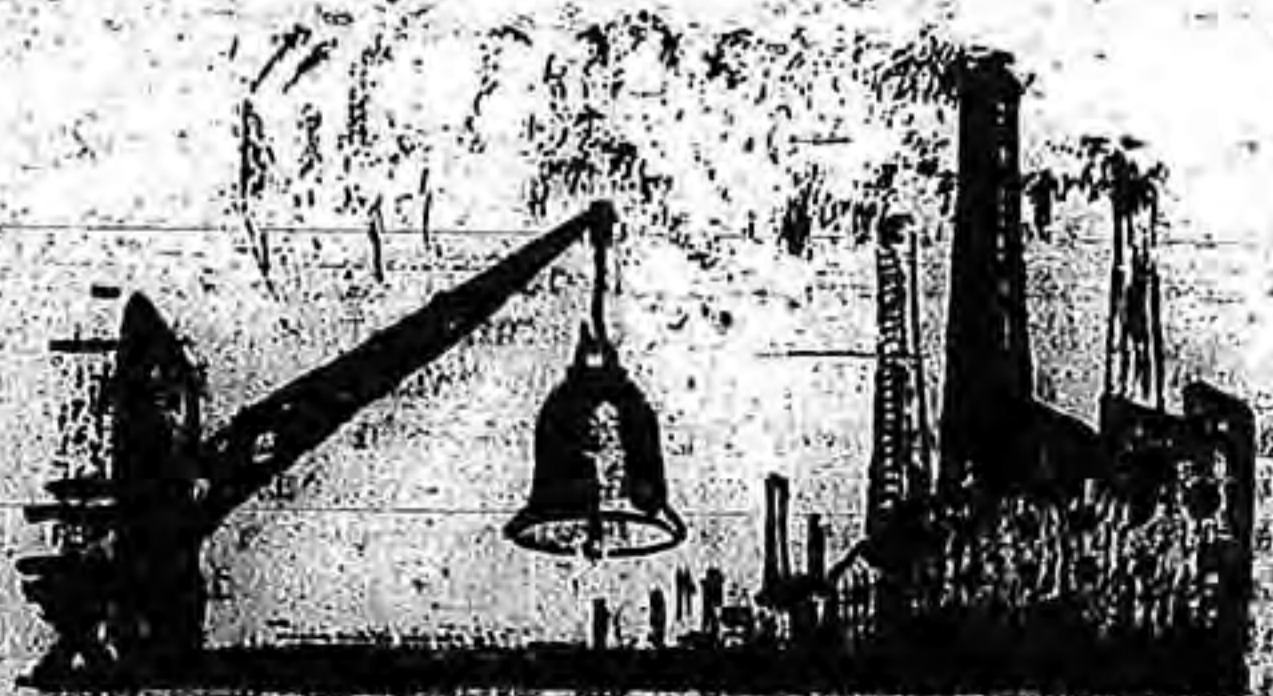
Pero, —y es el tercero, —contemos una anécdota: Macaya, de feliz memoria, al estrenarse como pintor, obtuvo un éxito enorme. Unos meses, después de los banquetes, de las felicitaciones de amigos y allegados, vino hacia nosotros para confesarnos que harto de tantos elogios que no se apoyaban en razones válidas, se encará con uno de sus futuros, exigiéndole la verdad escueta y neta sobre su pintura. Este, después de varios tímidos, empezó de *pero en pero* hasta decirle que debía aprender a pintar antes de exponer; no obstante de concederle las atenuantes de sus grandes condiciones de pintor.

¿Necesitamos ser más explícitos? Muchos nos comprenderán y los demás... Por lo pronto, nosotros le hemos reconocido a Vena, la enorme atenuante de la *discreción*, una de las más nobles cualidades humanas, que sabiéndola usar da mucho provecho. Los otros, en cambio, ni eso, puesto que se excedieron en la hipérbole.

Artes e Industrias artísticas españolas

Bajo los auspicios de los retratos de S. M. la reina Victoria Eugenia de España, su S. M. Don Alfonso, S. E. Presidente Dr. M. T. De Alvear, de S. A. R. infanta Isabel de Borbón, estos detractores del arte español, se han venido a estas playas a despachar sus mercaderías averiadas, chabacanas y vulgares. Necesitaban todos esos escudos nobiliarios para es-cudar, tapar la escoria del arte pictórico español. Es el hispanoamericanismo que se bate por sus fueros y para llenar la olla del puchero. Verdugos del arte!

SALÓN VAN RIEL



No es difícil encontrar de qué comer en la literatura y en otras cosas intelectuales. No es más que un asunto de prostitución más o menos hábil, más o menos dócil.

El siglo del renacimiento del arte, es aquel en que el artista se parece al obrero; el siglo del esteticismo, es aquel en que el artista se parece al intelectual.

BIBLIOGRAFÍA

El Sentimiento Popular en la Literatura Argentina

Por ERNESTO MORALES

El autor de este libro, es quizás el único de los folkloristas que no padece de patriotismo. No sé hasta qué punto debemos agradecer su obra entre paleontológica y literaria a los cien y uno folkloristas que venimos padeciendo, porque si es verdad que han sazado a luz cuatro o cinco lindas leyendas aborígenes y una docena de coplas gauchas, en cambio han dado margen para que una plaga de provincianistas más o menos alfabetos nos pretendan descubrir a los gringos de Buenos Aires las bellezas de su terruño salteño o de su terruño foguino. Esto hoy, es preciso ser justo. De ayer son los nombres del entrerriano Fray Mocho y del riojano González que dejaron algunas lindas páginas; y de ayer son también *Por las tierras del Inti*, *La Australia Argentina* de Payró y *El País de la Selva de Rojas*, aunque de ayer son también las dos o tres docenas de versificadores que en décimas o en sonetos nos han puesto de gauchos hasta la coronilla. Hicieron en la literatura con el gaucha lo que los centros carnavalescos: lo caricaturizaron y en ellos todo se volvía tomar mate, pelear y decir copladas. Cierta que la patria no ha tenido nunca más malos patriotas que los que se proclaman tales. El autor de *El Sentimiento Popular en la Literatura Argentina*, afronta el folklorismo con seriedad y despasionamiento argentinista. A pesar de ello, posee un optimismo que no comparto. Yo espero más de la gringa Buenos Aires que de todo el indianismo y gauchismo provinciano, y creo que el arte de aquella raza muerta y de esta sub-raza casi asimilada ya, poco tendrá que hacer con el arte argentino del futuro, si éste quiere ser dinámico.

Tres ensayos componen el libro. Uno sobre *Poesía*, otro sobre *Teatro*, y otro sobre *Novela*; y estudia en ellos, a la vez que los autores cultos—o semi-cultos—que han dejado su nombre, a la producción anónima de cielitos, vidalías y leyendas gauchas y aborígenes. Da a éstos la importancia que otros autores no han visto, y aquí finca la originalidad y lo interesante de estos ensayos. En poesía, por ejemplo, tengo para mí que vale más el anónimo *Cielito a la venida de la expedición española al Río de la Plata* que toda la producción semi-española, sin originalidad ninguna de López y Planes, Juan Cruz Varela, Estebán de Luca y otros versificadores de la época. Al énfasis oratorio de éstos, a su hinchazón retórica que hoy nos aburre tanto, el *cielito* anónimo opone una agresividad de fruto agrio. De toda la copiosa producción de la época contra el «godo», los hombres de hoy sólo podremos leer este *cielito*. Para el arte, pues, sólo él se ha salvado. He aquí dos estrofas:

«Saquen del trono, españoles,
«a un rey tan bruto y tan flojo
«y para que se entretenga
«que vaya a plantar abrojos».

«Cielito, cielo que sí,
«el rey es hombre cualquiera,
«y morir para que él viva
«¡la putal! es una sonsera».

Igual podríamos decir en las épocas de la Tiranía y la Constitución; pero no en la Moderna, que en ésta ya escribieron Hernández, Almafuerte y Carriego. Algunas de las coplas que se reproducen en este libro, valen más que la obra hueca de los románticos y pseudo-clásicos. Quién resiste hoy a la lectura de toda *La Cautiva* de Echeverría o de todo el *Nido de Cóndores* de Andrade o de todo el *Santos Vega* de Obligado? ¡Y qué frescura, qué sintesis poética la de esta copla!

«¡Qué lindo es, ver una moza
«cuando la están pretendiendo;
«se agacha y quiebra palitos,
«señal que ya está queriendo!»

Empero, cabe aún una pregunta: ¿Cuáles son las coplas argentinas y cuáles las que sólo son un arreglo de españolas? Para mal de nuestra originalidad folklórica, creo que una severa revisión no dejaría más de una o dos docenas de composiciones autóctonas.

De los tres ensayos de este libro, el mejor es el consagrado a la *poesía*. En él se estudia con serenidad a los seudopoetas que escribieron versos desde Labardén hasta Carriego, dando la importancia que tienen a éste, a Almafuerte y a Hernández, cuyo *Martín Fierro* no es una obra de genio, como vienen repitiéndonos unos cuantos snobs con ínfulas de colonos literarios; pero tampoco es una chambonada, según acaba de asegurar Castelnuovo, buen artista instintivo que desbarra siempre que se mete a crítico.

El mejor de los estudios, es el que Morales consagra a Almafuerte, tan difícil de juzgar por los alitajos de su obra, por su falta de orientación y por lo avasallador de su tono. En los ensayos sobre *Teatro* y *Novela*, Morales no juzga con la serenidad que deseáramos. Porque, ¿a qué detenerse en el teatro de un Pedro Eclagie o de un Laferrère? ¿O en las novelas o lo que fueren de un Eduardo Gutiérrez? Todo ello pertenece más a la historia anecdótica que a la crítica.

Interesantes son las páginas destinadas a demostrar que el teatro en la Argentina siempre tuvo ambiente y existió con vida propia antes de que los tan sonados Podestá saltasen del picadero al escenario.

En el estudio sobre la novela están fuera de lugar las curiosas leyendas guaraníes, calchaquies y araucanas que el autor reproduce. Eso pertenecerá a la literatura india, no a la argentina. Pues, si quieren hacer arte, los novelistas de hoy tendrán que narrar la vida de hoy. Es bueno no confundir lo que pertenece a la reconstrucción histórica—labor estática de erudito—con lo que pertenece a la novela, al teatro o a la poesía; labor dinámica de hombre que vive su presente y lo transforma en arte. Esto hizo Echeverría en *El Matadero*, y nos dió la mejor página de prosa narrativa. Se echa de menos en este ensayo la figura de Payró. Si bien es cierto que Morales se propuso no estudiar a los autores vivos, debió hacer aquí una excepción, ya que *Las divertidas aventuras del niño de Juan Moreira*, es la obra por la cual puede asegurarse que la novela es un género realizado en nuestra literatura. Martel y Cambaceres son ensayistas.

Este libro de Morales debía ser conocido por los estudiantes de bachillerato así soñarían un poco su fogosidad adjetivadora al ocuparse de la obra, por demás relativa de nuestros escritores. Sería un buen contrapeso—aunque no todo lo necesario todavía—de las insulceses y los lugares comunes que aprenden en los textos.

«Judíos», por ISRAEL CHAZ DE CHIRUZ

Cuatro cuentos realistas, constituyen este volumen con el cual este joven escritor argentino inicia su carrera literaria. El primero de ellos le da título. Más que cuentos—por su falta de trama—son fragmentos de novela, páginas arrancadas a la vida diaria, con crudeza de expresión y certeza de observación. No señalamos esto como un defecto, sino como una modalidad del autor. También señalaremos que sólo la primera narración responde al título.

AGRADECIENDO
AL SR. TALAMON

Los sabios consejos que se digna Vd. darme después, de indicar las fallas de mi «Poema Heroico», (del cual no entendió Vd. una nota, cosa que estoy dispuesto a probársela), sobrepujan cuanto podía esperarse de Vd.

Mi admiración no conoce límites, señor cronista, porque es verdaderamente genial eso que Vd. dice acerca de dejar los libros y ponerse en contacto con la naturaleza; es decir, hacer como esos especie de compositores nacionales que Vd. ampara, que se inspiran en «el viento», en los «jardines» o en las «montañas», ignorando, como Vd. mismo ignora, qué cosa son los valores puramente musicales.

Así es que seguiré su consejo al pie de la letra; en efecto: los libros se los dejaré a Vd., que buena falta le hacen, y me iré a gozar de la vida y la naturaleza en pleno Jardín Zoológico, esperando tener el gusto de saludarlo en su propia jaula y hacerle presente mi agradecimiento.

JUAN CARLOS PAZ

Juan C. Paz nos advierte que, en la segunda audición, su «Poema Heroico», fué lamentablemente amputado, en su mayor parte, demasía, que según nosotros, no es muy loable.

Las otras pudieran ocurrir, no sólo en el barrio judío de Buenos Aires, sino también en el sud u otros, de ambiente no judío. Tampoco éste es un reparo. Mejor así. Ganar sus páginas en universalidad lo que perder puedan de típico pintoresco.

Indudablemente, *Judíos* es la mejor de las narraciones. El autor dibuja caracteres y colorea escenas con mano segura. Por lo común, sus tintes son negros, como que unos y otras los arranca de la miseria que llevan los hombres que él transforma en carne de arte.

Ya lo hemos dicho, hay observación y observación directa, que esto es lo importante. Por eso nos da tipos curiosos y contradictorios: Un rufián que habla de los derechos del proletariado, de «nuestros derechos», como él dice. ¿Y esa directora de colegio que rechaza al niño «flacucho y rotoso», porque va mal vestido? Exclama, al verlo alejarse humillado: «¡Ruso y basta!» Eso parece sentirlo en carne propia. Es el grito de una raza—la india española—que protesta y hostiga a otra que llega a su suelo. Hoy es la rusa, ayer fué la gringa. Ya desaparecerá esta hostilidad al ruso—judío, en rigor—como desapareció al gringo. Ya hay entre nosotros doctores y rentistas judíos, los perseguidos se transforman en perseguidores—vivir del trabajo ajeno es la forma actual de perseguir—; y el burgués criollo sabrá—o lo sabe ya—que todos los rusos no son anarquistas, como lo supuso harto ingenuamente. El problema del antisemitismo no existe en Buenos Aires. Tanto, que casi podría decirse que los viejos judíos se muestran más afectos a su dogma que los viejos católicos al suyo. La estrechez mental característica de ambos, se agranda en aquéllos por el rencor que los ciega más.

Por el vigor de su estilo—no siempre sostenido, en verdad—y por su capacidad de observación, el joven autor de *Judíos* denuncia que hay en él un novelista. Cumple, pues, recibir a su primer libro con los mejores augurios; y aguardar a que en otros sucesivos desarrolle la talla que en éste ya nos anuncia.

Y.

FERIA FRANCA DE LAS CUATRO ARTES

Paul Valéry, y las molestias de su ambición. Maurice Maeterlinck, monárquico. — Paul Signac, aboga por la separación del Estado y del Arte.

Paul Valéry

Hagamos notar la creciente difusión de M. Paul Valéry, en estos lares. *Martín Fierro*, el quincenario vanguardista por excelencia, acaba de servirlo a la carte a su numerosa clientela. El público argentino, tuvo conocimiento de la aparición de este nuevo astro en el firmamento enlazado de la literatura francesa por Mauclair y por «La Nación». Nos vino así, embaldado de ultramar, bajo un tutelaje de mal agüero. Y como la gloria literaria, es de las glorias más quebradizas, la de Valéry está a punto de quebrarse del todo. En Francia, se le niega ya, con un marcado escepticismo. En *Vien de Paraitre*, André Rouveyre, publicó sobre su personalidad un extenso artículo con el título «Les embarras de L'Ambition», o sea las molestias de la ambición. Después de descubrir que fué lanzado por Mme. Lucien Mulhfeld, quien sostiene uno de los salones literarios de París, Rouveyre nos dice: «El que sabe mantenerse todos los mediodías, espiritual y monoculado, en exposición, al lado y un poco detrás de la dueña de casa, siempre en el mismo sitio, adaptando sus gestos y palabras según el gusto de los invitados, ese que ha de estar a merced del capricho de los otros, no prolonga su oficio sino hasta el día que ganó las palmas de la fama o de la academia».

La gratitud va disminuyendo y así se ve que «el ingenioso desierto una asiduidad que no tiene el aliciente del premio». Y cuando el poeta, viste el traje verde de la Academia, apronta sus valijas. Paul Valéry, en fingido retraimiento durante veinticinco años, desdiciendo la gloria, no hizo ni más ni menos que como los demás. No es éste un rasgo extraño a su figura literaria, en la confección de su talento, empleó la misma habilidad industrial.

Prosigue Rouveyre: una mezcla artificiosa de las más diversas impresiones, si no puede producir ciertamente una auténtica personalidad, por lo menos podrá darnos su apariencia; no es acaso poco dichoso, quien desprovisto de toda originalidad pudo demostrarnos como lo hizo M. Valéry, una obra casi original compuesta por las múltiples inspiraciones que sorbiera de diversos autores? Pero demasiado voraz, es justamente en una acumulación excesivamente comprimida por tantos elementos extraños, que Paul Valéry acaba por naufragar en la seguridad. Mucho oro sonante y titubeante troquelado con diversas efigies, no podrá troquelar la última pieza con su propio perfil. Le queda solamente la ingenuidad de hacernos creer lo contrario. Es entonces su única ingenuidad, pues, lo que no se le puede negar a Valéry, es que no sea maligno e industrial.

A propósito de *Analecta*, Critile, citado por Rouveyre, dice: «... respecto de la publicación aparecida en Holanda, me decía (Valéry) que es ultracuidadoso de servirnos los menores gérmenes de su cerebro, recogidos religiosamente después de treinta años. Pero si durante ese tercio de siglo, cuando aun el autor se halla en la plenitud de sus fuerzas, no encontró el medio de hacer florecer la mayor parte de esos gérmenes, cual manifestación más evidente de impotencia! Es en efecto, la impresión que me hizo leyéndolo, sobre todo en sus versos, algunos pensamientos delicados, sutiles; pero que les falta la perfecta eclosión, la expresión definitiva».

«Esta impotencia, se debe al exceso de su nutrición literaria. Es goloso de la «telicadeza» de los otros hasta la exageración, y su estóma-

go mal pudo digerir ese alimento composito, de por sí ya indigesto».

«No se terminaría de enumerar a todos sus inspiradores. Por su aplicación en descubrir en todos ellos su genio esencial, tratando de adquirirlos y mezclarlos a su pequeña personalidad, se denota más claramente su industria práctica, que su homenaje hacia esos inspiradores; por eso, su amor a la poesía está bien lejos de ser una verdadera religión: su soplo aparece esterilizado en su fuente cordial».

«¡Poesía, esa laboriosa confitería de elementos extraños, heteroclitos, monstruosamente amalgamados, comprimidos? Vamos, digamos más bien: acrobacia».

Después de esta formidable carga contra uno de los ídolos más reciente *made in France*, digamos a sus admiradores argentinos, que no se entristezcan demasiado, porque no hubo hombre glorioso que no tuviese sus detractores; y su idillio no podía ser una excepción. Confesemos ahora, por nuestra parte, que algunos libros de Valéry, nos proporcionaron una de las grandes alegrías experimentadas en nuestros paseos literarios.

Maurice Maeterlinck

Les Nouvelles Littéraires, en un artículo de Franz Hellens, nos cuenta la última aventura de Maurice Maeterlinck. Comienza diciéndonos que algunos años hace, a un periodista le dió por entrevistar al autor del «Tesoro de los Humildes», quien le habría hecho algunas declaraciones inesperadas; la primera era que renunciaba a la literatura y luego le comunicaba:

—Hace cuatro días que celebré mi 61 onomástico, a la medida que los años fueron sucediéndose, siento cada vez más que no *vivi* (¿como yo quise?) hasta ahora. Ya sólo deseo gustar de la existencia, sin que el pensamiento de una tarea cualquiera venga a turbar mis goces y alegrías.

Parece que estas palabras fueron dictadas por el desaliento. Es que en Francia un abismo separa la generación de Maeterlinck con las de hoy. El autor de este artículo constata, que la guerra fué para el poeta belga el *corredor* que le conduciría a cantar, lo que él mismo, llama su palinodia. En los *Debris de la guerra*, toda su evolución última está indicada. Dice: «No me convertí a la monarquía subitáneamente. Según mi ver, una buena monarquía vale siempre más que una república mediocre, y una buena república, es naturalmente preferible a una mala monarquía». Después de esta declaración, el escritor confiesa que M. de la Palisse o Perogrullo, lo pudo decir antes que él; pero a refrendar su conversión a las derechas conservadoras, viene lo siguiente: «Libros como *Nuestro deber social* pueden parecer verdaderos y permanecer inofensivos en nuestro mundo de antes de la guerra, que conducía, entre bellos sueños generosos, una dulce existencia sonambúlica».

Franz Hellens, finaliza en su largo trabajo, diciendo que Maeterlinck, encontró su equilibrio. Es muy probable; de una raza de instintos fuertemente burgueses, como es la raza ganteza, se aventuró en un nebuloso simbolismo, neomístico y de leyenda, en una interesante deshumanización del arte; y comprendiendo lo vano de este juego, se tornó con ansias a respirar una atmósfera más sana, a su nativa y ancestral sinceridad. Volvió a ser el burgués, que nunca dejó de ser; por cierto un burgués muy superior a sus coetáneos. En una selección rigurosa, «La vida de las abejas», es el libro que tiene más probabilidad de perdurar.



PALABRAS A MILONGUITA

(De UN POETA EN LA CIUDAD, libro recientemente aparecido).

Lo sé: tú tienes toda la razón, Milonguita: eres esbelta, grácil, insinuante y bonita. A tu paso los hombres quedaban en suspenso, pues tú los atontabas como un perfume intenso. Y has hecho bien, ¡qué diablo! tu cuerpo tropical no era para el burdo tanteo del percal ni para recubrirlo de horrible bombasi. (Las sedas, sí, las sedas son buenas para ti; su roce es como el roce perverso de una rosa o como el de una frase que resbala engañosa...) Yo lo comprendo todo... Está bien lo que hiciste. Mas, escucha un consejo: cuando te pongas triste cultiva tu tristeza como una flor querida, que su perfume casto mejorará tu vida. Y Dios, que es más humano de lo que creen

[Las gentes cuando cierras los ojos en la postre «domnida», hará que nos veamos en la senda florida como ahora nos vemos por Suipacha y Corrientes.

GUSTAVO RICCIO

Paul Signac

Paul Signac, el veterano más personal y valioso del neopresionismo, invitado para inaugurar el segundo de Sud-Este de Lyon, pronunció una alocución ante cincuenta obras de la época impresionista, entre ellas habían las de Jongkind, Carrand, Vernay, Boudin, Lepine, Cezanne, Degas, Sisley, Gauguin, Pissarro, Renoir, Claude Monet, Guillaumin y Lebourg.

El presidente del Salón de los Independientes, en su perorata, dijo entre otras cosas:

«No soy más que un viejo pintor independiente. No les traigo los cumplimientos oficiales. Pero el viejo pintor les expresa a ustedes toda la alegría que le causa al ser elegido por sus jóvenes colegas para esta ceremonia. A mi edad debo amar a la juventud. Es amándola y admirándola, como se puede lograr nuevas fuerzas, evitando así de volverse en un anciano moroso, reaccionario».

Luego: «... pues en Francia hay todavía un Arte Oficial, el Arte del Estado, el Arte del Instituto, el Arte de los Premios de Roma, y uno se puede preguntar: si no llegó el tiempo para substraerse de esa desastrosa tutela y de proclamar, en fin, la separación del Arte del Estado».

Cita a los primeros que se rebelaron contra los jurados, los gloriosos expositores del Salón de Rechazados del 1863: Boudin, Lepine, Jongkind, el prestigioso Jongkind, que rechazado después en plena madurez de su talento, por el Jurado de 1873, cesa sus envíos a los salones parisienses, y se reunió con los artistas de Sud-Este.

La opinión de Signac, sobre los jurados: «Un jurado es el enemigo declarado del genio impertinente que inventa, evoluciona, osa y se renueva. No se puede imaginar la bajeza, lo pedestre que eran las obras de esos salones de aquella época. Era más bien una exposición de retruécacos, de hechos diversos, de hazas patrióticas más que pintura. Solamente Manet, vuestro grande y dulce Puvis, Tanti-Latour y algunos otros perdidos en esa feria... Pero sus obras, eran insultadas y burladas. Los visitantes se retorcan de risa ante «Le Barban Folies-Bergères» y ante *le Puyvre Pêcheur*, mientras que admiraban los botones de sus uniformes de los cuadros militares de Detaille.

ZANCADILLAS, por Alvaro Yunque
Un poeta en la ciudad, por Gustavo Riccio

Pídanlos en kioscos y librerías

El próximo número de LA CAMPANA DE PALO, será dedicado al Salón de Primavera

Puvis de Chavannes

León Werth, el famoso crítico y escritor francés, ha dado a la publicidad un volumen sobre la obra de Puvis de Chavannes, 48 páginas de texto y 40 reproducciones y un retrato del artista biografiado. Apareció en la colección «Peintres et Sculpteurs», que se imprimen bajo la dirección de George Besson. Su costo es de 25 francos.

Gómez Carrillo

Otra vez se encuentra entre nosotros el bandolero Gómez Carrillo. Público es su precario sentido moral y su actitud de lacayo frente a todos los poderosos, llámense éstos Jorge Mitre o Hipólito Irigoyen. Su pluma prostituida no hace distinción: adular siempre.

A título de bienvenida, vamos a relatar una anécdota del «exquisito» cronista guatemalteco-parisiense. Ella da el exacto valor de su moral y aún de su sensibilidad. He la aquí:

Era un tiempo en que Rubén Darío ejercía la representación de «La Nación» en París. Y tiempos en los que lo menos que se le decía al poeta nicaragüense era genio. Gómez Carrillo se cuenta entre los que más contribuyeron para que muchos nos tragásemos esta píldora. Además, Gómez Carrillo era amigo íntimo del autor de «Prosa Profana», su camarada en la cruzada por afrancesar la literatura de América y su compinche de juerga. Sin embargo, el amoral cronista guatemalteco no dudó en mandar una infame carta al director de «La Nación»—que lo era en aquel tiempo Capri-

le—ofreciéndose para representante de «La Nación» y, de paso, haciendo ver que Darío—su amigo entrañable y poeta dilecto—por llevar la vida que llevaba, desarreglada y harto afecto al whisky, cumplía mal. Sabidos son los apuros pecuniaros que siempre pasó Darío, pues su camarada y admirador no dudaba birlarle el

puesto con un trabajo de zapa y dejarlo allí en París, a buscarse la vida... ¡Educativo propósito! Por suerte, para él, hubo en «La Nación» quien se indignara por su proceder e influyera para que se rechazase la oferta.

Años después, Emilio Mitre, de viaje por París, recibió las genuflexiones del cronista, como hace unos meses las volvió a recibir Jorge Mitre; y Gómez Carrillo entró a «La Nación». Los poderosos siempre son accesibles a la li-sonja de estos borrapapeles, que a su vez los desprecian.

Ahora, Gómez Carrillo—que nos ama... hasta el bolsillo!—viene para tramitarse el puesto que en el consulado de París le diera Irigoyen, en pago de sus adulonías; y que alguien intenta quitarle. Gómez Carrillo lo reconquistará. La sonrisa y la pluma venal son armas irresistibles cuando se carece de conciencia. Y es de presumir por la veraz anécdota antes narrada, que el autor de *El encanto de Buenos Aires* y otros delitos, nunca la tuvo.

DIA Y NOCHE

Más de 15.000 máquinas de escribir
vendidas por nosotros, prestan
servicios infatigablemente.

Compre Vd. una y será otro satisfecho

Casa Iturrat

CASAS Y GIAMBIAGI

LAVALLE 1182

U. T. 0813, MAYO

VALORACIONES.—Revista de Humanidades, Crítica y Polémica.—60, N.º 628.—La Plata.

SAGITARIO.—Revista de Humanidades.—53, N.º 538.—La Plata.

ESTUDIANTINA.—Revista de Letras y Crítica.—41 esquina I.—La Plata.

CLARIN.—Publicación de síntesis literarias. Dean Funes, 50.—Córdoba.

DIóGENES.—Periódico de definición.—10, N.º 1079.—La Plata.

DER STURM.—Director: H. Walden. Postdammertrasse 138, Berlín.

INDEX.—Periódico mensual.—Via Vignonesi S.—Roma 4.

PENSIERO E VOLONTÁ.—Rivista di studi sociali e cultura generale.—Casella Postale 411 Roma.

CRAPOUILLOT.—5 place de la Sorbonne, Paris.

PARTISAN.—103, — Rue de Valenciennes, Paris VI.

LES CAHIERS D'AUJOURD'HUI—27, Quai de Grenelle.—Paris. (XVe).

Por solo

\$ 17 m/n.

al contado



y 9 cuotas

mensuales

de \$ 17 m/n

Puede Vd. adquirir una máquina

CORONA

3 X C D

(Abonándola al contado cuesta \$ 150 m/n.)

Escríbanos solicitándonos detalles completos

Cía. LA CAMONA

39, Maipú, 43 y Sarmiento 324 — Buenos Aires

Unión Telefónica: 38 Mayo, 2016

ROSARIO: CORDOBA 1216

CORDOBA: COLÓN 185

SUSCRIBASE

Capital e Interior

1 AÑO..... \$ 1.—

Exterior

1 AÑO..... \$ 1.60

Valores y giros a CARLOS GIAMBIAGI, Casilla de Correo 218

“ROMA”

Compañía Italo-Argentina
de seguros generales

BARTOLOMÉ MITRE 459
U. T.: 33, AVENIDA 2523

Capital totalmente suscripto:
Un millón de pesos moneda nacional

E. Leidi, Porta y Cía

IMPORTADOR

Pinturería en general

TALLER DE MARCOS

C. T. 2400, Central—U. T. 4859—38 Mayo

ALSINA 1677-79